
Napoleón

Los designios de la Historia

Doctor HERNANDO GAITAN L.

"Quizás hubiera sido mejor que ni Rousseau ni yo hubiésemos existido. El mundo habría sido más dichoso".

Napoleón



¿Por qué extrañas circunstancias toda la vida de un hombre grande y trascendental debió vincularse inexorablemente al destino histórico de unas islas, sin mayores nexos unas con otras, en la inmensidad del océano?

Para tratar de dilucidar este interrogante, debemos remitirnos a la historia.

Esta comenzó el 15 de agosto de 1769, día de la Asunción, al medio día, en la localidad de Ajaccio, en la isla de Córcega, cuando una mujer fuerte, moral y físicamente, dio a luz sorpresivamente sobre una de esas viejas alfombras antiguas, ornada con grandes figuras de héroes de la Ilíada, un niño que gozaba de buena salud. Aquella mujer, María Leticia

Remolino, era la esposa del abogado Carlos Buenaparte, ciudadanos de esa localidad. El niño fue bautizado el 20 de julio de 1771 en la parroquia y catedral de Nuestra Señora de Ajaccio, con el nombre de Napoleón.

Esta isla de Córcega, en el Mediterráneo, está situada frente al amplio golfo de Liguria o Génova, distante de Italia 81 kilómetros y de Francia 160. Habitada desde tiempos prehistóricos, fue colonizada por griegos y fenicios, más tarde conquistada por los romanos y luego por los vándalos. Después, cuando tuvo existencia el Sacro Imperio Romano Germánico, pasó a poder de Carlomagno; a continuación de los pisanos, cuando éste desapareció; de los genoveses y aragoneses y por último, en vísperas del nacimiento del niño Napoleón, a los franceses, lo que le confirió al recién nacido la nacionalidad de este país y su capacidad legal de sentirse francés.

Esta circunstancia, ¿a quién o a quiénes habría de beneficiar o de afectar hondamente en los tiempos por venir? Si no hubiera sido francés, ¿habría Napoleón ejercido un influjo tan decisivo en el rumbo de los destinos del mundo, en todas las épocas que habrían de sucederse? ¿No sería acaso probable que como corso únicamente, se le hubiesen cerrado todos los caminos de la gran tragedia que habría de provocar?

Al primero y al segundo de estos interrogantes, el acontecer de los hechos ha respondido con tal elocuencia, que no deja lugar a duda. El mundo fue sacudido por este francés, mucho más allá de su época y cosechó los frutos bienhechores de la Revolución Francesa.

"Napoleón, la más egregia personalidad de todos los tiempos y países, superior a cuantos hombres de acción haya conocido el mundo, por amplitud y claridad de inteligencia, rapidez de decisión, constancia, voluntad y sentido agudo de la realidad, unido a esa imaginación que sólo es patrimonio de las almas fuertes, no puede ser juzgado en sí mismo, como un héroe aislado. Napoleón no sólo participó del espíritu de su época: lo encarnó y en esto estriba, sobre todo, su grandeza. Imposible separarle de la Revolución Francesa. De ella salió, para continuarla y engrandecerla, proyectando a través del mundo sus ideales y principios. Tal como se ha dicho con propiedad, fue su "misionero con botas". La lucha sin cuartel que contra él desataron todas las monarquías de Europa, fue la lógica consecuencia de la guerra desatada en 1792 por Pitt y Cobourg (vale también anotar que ella desembocaría más tarde en la Santa Alianza).

Waterloo pareció acabar con el terrible duelo. Pero no fue así; volvió a entablarse en 1830 y 1848 y repercutió en todo el siglo XIX".

Es oportuno consignar aquí lo que no alcanzó a presentir el notable académico transcrito, "Octave Aubri": el duelo se prolongaría también al siglo XX, con la mayor devastación y mortandad, nunca antes alcanzadas.

Tal parece que el incesante trajinar de la historia, que abarca ininterrumpidamente la vida del género humano, hubiera situado a Francia en el

punto exacto a donde convergen los grandes acontecimientos que conmueven la existencia del hombre. Al juzgar lo acontecido hasta la época de la Revolución Francesa, el historiador Paul Janet, miembro del Instituto de Historia de París, consignó con el amor que tributaba a Francia: "La Francia es una en todos los tiempos, por la comunidad de la gloria y los dolores..." Y él mismo habría de agregar: "La historia de Francia, es la historia de la humanidad".

El "antiguo régimen" contra el que chocó la Revolución Francesa y que se apreció como un conjunto de instituciones existentes entonces, no sólo en Francia, sino en Europa entera, albergaba en su seno todos los fenómenos que incidían en el orden de la propiedad, de la familia, de la administración civil, de la organización política. Era, en síntesis, el régimen feudal junto al absolutismo monárquico.

¿Y qué le daría en cambio la revolución a Francia y al mundo entero, para toda las épocas por venir de la sociedad? "La igualdad civil y la libertad política; la igualdad ante la ley; la igualdad ante los impuestos; la igualdad hereditaria; la igualdad de admisibilidad en todas las funciones; la igualdad religiosa; la libertad civil, igual para todos".

Los tratados, esos convenios de paz que han pretendido solucionar los grandes conflictos de límites territoriales, han sido en Europa casi siempre, generadores de nuevas conflagraciones.

Europa, en la amplia acepción que permita abarcar todo un dilema histórico había concebido a Francia el río de las controversias —el Rin— para dirimir la vieja querella franco-prusiana. Esta concesión que sólo habría de durar lo que dura una generación, volvería a jugar el destino de las dos en el albur de la guerra, unas veces por causas reivindicatorias, otras, como pretexto para desatar una guerra mundial.

No es posible olvidar que en la última, el hombre de turno en el largo devenir de la historia de Francia, el general Charles de Gaulle, al visitar la vencida Alemania, para tratar de cauterizar la vieja herida y de nuevo promover una reconciliación, llegó hasta declarar ante su auditorio alemán, que los dos países eran no sólo hermanos por consaguinidad, sino que los francos de ayer habían constituido siempre la élite de las tribus germanas y que un abuelo suyo se llamaba Karl.

El tercer interrogante podría ser tema de opiniones encontradas. Con todo, no sería aventurado afirmar, que un Napoleón corso, no habría seguramente superado el acendrado nacionalismo francés, ni habría logrado disponer de esa preciosa materia prima, que ha sido patrimonio de tan magnífico pueblo.

Ampliadas así las consideraciones que provoca un tema tan complejo, como es el influjo de Napoleón en la historia de la humanidad, y puesto de presente el hecho de que dos políticos importantes, como sin duda lo fueron, William Pitt (hijo), implacable enemigo de la Revolución

Francesa, que organizó contra ella tres coaliciones y Cobourg, otro inagotable adversario de Francia, condujeron inevitablemente a Napoleón hacia esa segunda isla que influyó tan activamente en el curso de su vida y en su destino final.

Esta isla, a donde arribaron los fenicios en su infatigable deambular por los mares, en busca de mercados y de valiosos metales, y que habría de conquistar el romano Cayo Julio César, para incorporarla al Imperio del mundo y a la civilización helénica, era hacia la época de la Revolución Francesa, la potencia marítima y colonial más poderosa, gracias a esa noción realista del principio insular que ha regido siempre todos los actos de su vida prodigiosa.

Contra ella habría de chocar Napoleón desde su advenimiento, a la gloria y al poder, porque este pueblo tan orgulloso y tan celoso de sus libertades e incuestionables derechos a intervenir en el rumbo de la humanidad, por ser ella precisamente uno de los factores principales del progreso —pese a su voracidad imperialista—, no podía tolerar que Napoleón, en su ambición de imitar el sueño de Carlomagno, de convertir el continente europeo, en una federación de Estados, (bajo la hegemonía francesa), asegurando desde luego a las nacionalidades su libre juego, ligadas entre sí por el parentesco de los intereses y por la comunidad de las leyes, la marginara a ella de tan gran aventura y la excluyera del Continente.

En esta tremenda confrontación, en que ambos beligerantes empeñarían todos sus recursos materiales y humanos, hasta llegar al aniquilamiento del vencido, el vencedor debería procurar la ruina y la neutralización del irreconciliable enemigo. Y como en esta contienda Inglaterra sería la triunfadora, la isla victoriosa, buscaría para Napoleón la soledad de otra isla.

En el mar Tirreno, situada entre Córcega y la costa italiana, a escasas 10 millas de la misma, con una superficie de 223 kilómetros, se levanta la isla de Elba, montuosa y de contorno muy recortado. Su clima es suave, semejante al de las costas sicilianas; carece de ríos, en razón de su escasa extensión, pero posee en cambio numerosos torrentes alimentados por varias fuentes de agua. Desde tiempos remotos fue asiento del pueblo de los "Libatos", una de las tribus "liguras", que la denominaban "Liba". Pasó por todas las alternativas que corrieron en la antigüedad los pueblos de Europa, por las invasiones bárbaras y los desplazamientos colonizadores y mercantiles de fenicios, griegos y romanos. Allí transcurriría su efímero reinado el depuesto emperador de los franceses, a raíz de su obligada "primera abdicación".

Su derrota no debe atribuirse a la fatalidad ni al poderío de sus adversarios ni al cansancio del pueblo francés y de sus aliados. Ella fue producto y consecuencia naturales de los errores políticos y militares en

que incurrió el grande hombre. Sus invasiones a España y Rusia no eran necesarias. Sus sucesivas usurpaciones —producto de una especie de embriaguez— que lo arrastró en la cima de su carrera a extender sobre media Europa, un imperio sin bases naturales, que sólo podía durar lo que duró su extraordinaria y portentosa fortuna, alzó contra él a los pueblos, después de los príncipes, para volver a colocar sobre el tapete el azaroso problema de los límites regionales.

El, a manera de clan, había distribuido a sus hermanos y hermanas por Europa, como en calidad de prefectos. Sobrepassó los límites, abusó del éxito y de la fuerza. Su retorno triunfal a Francia, al continente del que había sido alejado y confinado en la isla de Elba, después de la derrota, en que se enfrentó a una de las más grandes coaliciones de todos los tiempos, se vería nuevamente confinado y aislado en otra isla, sombrío peñón, que como especie de atalaya mantenían los británicos para avizar desde allí sus colonias del Africa Negra.

Santa Elena —nombre que evoca los años sombríos que en ella vegetaría Napoleón, enfermo, oprimido y casi olvidado por los seres que más amó—, está situada en el océano Atlántico, frente a las costas occidentales de Africa, a los 15º 55' 26" de latitud sur y 5º 42' 30" de longitud oeste. Su superficie es de 122 kilómetros y su población en ese entonces, de varios centenares de habitantes. Su capital es Jamestown y pertenece al Reino Unido desde 1661. Fue descubierta por los portugueses en 1502. Pasó por las alternativas de la guerra, fue ocupada por los holandeses en 1651 y recuperada finalmente por los ingleses.

Las razones del tiempo

Militarmente considerado, Napoleón es un auténtico oficial de Escuela. Con el grado de Segundo Teniente egresa a los diez y seis años de la Escuela Militar de Brienne, donde había ingresado a los diez (1779-1784). Es destinado de inmediato, por un año, en el mismo grado, al regimiento de la Fère, de guarnición en Valence. Pese a la fogosidad juvenil que predomina en casi todos los subtenientes y que los lleva necesariamente a establecer relaciones agradables y distracciones propias del temperamento, que van desarrollando pródigamente ese espíritu de compañerismo que no se olvida jamás, a todo lo largo de esta carrera, el joven Bonaparte suele absorber su tiempo libre en perfeccionar asiduamente su educación de oficial y así completa en la intimidad de su cuarto, la instrucción necesaria para considerarse un hombre culto. Ama con verdadera devoción la historia antigua y la moderna, y va consignando, pluma en mano, los textos favoritos de Maquiavelo, Buffon, Montesquieu, Volney, Maley, Reinal, Voltaire y Rousseau. Pero es este último —el romántico de la Nueva Eloisa, el de las confesiones—, y todavía más, el del Contrato Social y del Emilio, el que se posesiona de su corazón y de su

mente: Su pasión por la escritura no le abandonará jamás y será su eterna compañera, hasta la solitaria Santa Elena.

Cuando por su especialidad, la artillería, es transferido al sitio de Tolón y se presenta al general Carteaux, éste que le ha escuchado pronunciarse sobre algunas medidas a adoptar para quebrantar la tenaz resistencia de los ingleses, manifiesta a algunos oficiales: "Este jovenzuelo no sabe una palabra de geografía". Ya, en el momento de la presentación, le había espetado al novel subteniente: "Su llegada no era necesaria. No precisamos de ninguna ayuda para recobrar Tolón. De todas maneras, sed bienvenido. Compartiréis la gloria de incendiarlo mañana, sin la menor molestia".

En realidad, el buenazo de Carteaux, era según las distintas versiones de sus colegas, un "imbécil" a carta cabal. Poco después, al fracasar en sus planes, fue sustituido por el general Dugommier, que tampoco se caracterizaba por sus capacidades. Pero, en cambio tenía la virtud de saber escuchar y se interesó por las iniciativas del subteniente, que compartían los demás oficiales, y decidió que las llevara a la práctica.

Estas consistían en esencia en un bombardeo sistemático sobre el baluarte principal, hasta mellar sus defensas y quebrantar la moral del enemigo. El general se manifestó sorprendido cuando al día siguiente Bonaparte, le dijo: "Señor: idos a reposar, que acabamos de tomar Tolón". A partir de este hecho, sus compañeros comenzaron a divulgar, que el subteniente era un hombre que se salía de lo común.

Caído Tolón, debe regresar a París, destinado a la lucha interna contra los realistas vendeanos, lo que no fue mucho de su agrado, máxime cuando el Ministro de Guerra Aubry, le argumentó que su excesiva juventud no aconsejaba destinarlo al ejército de Italia. Bonaparte le replicó: "Se envejece pronto en el campo de batalla y de él vengo". Acabó por ser licenciado y debió recorrer sin provecho alguno las esferas oficiales. Vagó por las calles de París y llegó hasta experimentar hambre y necesidades.

Sin embargo, su estrella no le abandonó. El político Barras se acordó de él, pues necesitaba un oficial de artillería para el mando del ejército del Interior. Le ofreció esta oportunidad y cuando lo vio vacilar le concedió tres minutos para resolver su respuesta. Decidió por fin aceptar y entró de inmediato a actuar con la rapidez y decisión que presidieron siempre los actos de su vida. El 13 Vendimiario, cuando los revoltosos marchaban contra la convención, los dispersó a cañonazos. A partir de este momento, en París reinaría la calma por un tiempo.

Cuando se comienza a hablar de él en varios círculos políticos, conoce a Josefina, viuda del general Beurnais y amante oficial del político Barras, su protector del momento. Joven, intrigante, bella y plena de gracia, conquista con sus encantos al futuro conquistador, quien la convertirá en su esposa. Casquivana y mundana, y de fácil acceso a las

tertulias políticas, logra con su ascendiente sobre Barras, interesarlo aún más sobre su esposo. Pero no es solamente Barras quien se interesa en él. Otros políticos han puesto sus ojos en el joven corso. Ellos realizan su más cara ambición. Es designado para dirigir a las fuerzas francesas de Italia. Esta posibilidad, que tanto anhelaba, le había embargado sus noches, haciéndole concebir un plan de operaciones, que con ligeras variaciones pondría en práctica. Apenas un día después de su matrimonio, sube al coche que lo conducirá a su cuartel general en Italia, "hacia la gloria más súbita y deslumbrante que haya conquistado jamás un capitán de veintisiete años".

Francia contaba entonces con generales que ostentaban magníficas hojas de servicios: Massena, Augerau, Jouvett, Berthier, Serurier y Donmartin. Ellos, después de conocer a Bonaparte, estuvieron de acuerdo en que él se salía de lo común. Uno de ellos llega hasta afirmar: "Napoleón aplasta a los oficiales y electriza a los soldados".

En una proclama, la primera que expide como general, les dice: "Vuestra paciencia para soportar todas las privaciones, vuestra bravura para afrontar todos los peligros, despiertan la admiración de Francia, que vuelve sus ojos hacia vosotros. No tenéis calzado ni vestidos, ni camisas ni casi pan y vuestros almacenes están vacíos; los del enemigo rebosan de todo; a vosotros corresponde conquistarlos y lo podéis hacer. Partamos. "Su campaña es un rayo deslumbrante. Bate a los austriacos, a los piemonteses, a los sardos y a las fuerzas papales. En su avance caen las ciudades una a una: Milán, Mantua, Verona, Boloña, Liorna, Venecia, Pavía y muchas más. Se coloca a treinta kilómetros de Viena. Su nombre se immortaliza en Arcole, Rivoli, Millesino, Lodi, Monte Notte, Diego, Castiglione, Bassano, Piave, Togliamento, Tarvis, Nunmorkt. A la vez que combate, abre negociaciones, impone condiciones, suscribe armisticios y ante él se inclinan el Papa, el Emperador de Austria, los reyes de Nápoles, Cerdeña y los generales vencidos. El mapa de Europa se modifica. Se empalidece el brillo de nobles y antiguos Estados, que otrora fatigaron la historia con su poderío, su riqueza y sus glorias.

A Francia, hasta ayer arruinada, afluyen las riquezas y los tesoros acumulados por reyes y príncipes. El estilo napoleónico, vibrante y a la vez imaginativo y lacónico, fluye y se enaltece en sus proclamas y discursos, cartas y epístolas. Para este conductor de hombres, las frases ya están dispuestas para entrar en la leyenda o servir de inscripciones a sus estatuas y monumentos.

Francia y Europa entera tienen sus ojos puestos en él. Cuando en París la ciudadana Bonaparte aparece en público, es saludada con el nombre de "Nuestra Señora de las Victorias". La orgullosa Austria, vencida y humillada, se ve obligada a firmar la Paz de Campoformio.

Ha logrado con un ejército de hambrientos y desarraigados que no excedió de 40.000 hombres, vencer a un enemigo que lo triplicaba en

número, armamentos y recursos. Todo lo ha hecho la chispa del genio, la movilidad y el poder creador y transformador. Ha conseguido, sin desconocer hasta el momento la autoridad del directorio revolucionario, crear y desarrollar un nuevo estilo en sus relaciones. Se ha alzado por encima de los gloriosos generales de Francia, con su plena conformidad. Como por sortilegio, va adquiriendo repentinamente los perfiles del águila, que será el emblema de sus victorias de ahora en adelante. Ha hecho olvidar su mediana estatura corpórea para que todos los que lo rodean vean en él un gigante.

Cuando concluye esta campaña deslumbrante, los europeos se miran unos a otros, como cuando se produce un hecho insólito y destructor, tal vez nunca antes imaginado. El mismo siente que lo ha elevado la gloria y lo transmite al general Marmont: "Yo ya veía huir el mundo bajo mis pies, como si me llevaran por los aires"

A sabiendas de que en Francia lo espera una terrible batalla política, ansía volver a ella, a "ese noble pueblo francés que he amado tanto". Ya sabe, sin lugar a dudas, que Josefina lo engaña y comienza a saborear el amargo licor de la desgracia. El 5 de diciembre de 1797 hace su entrada a París, que lo espera anhelante, para testimoniarle su admiración y afecto.

Esta campaña de Italia, que lo ha glorificado, glorifica también a Francia, que se yergue más alta que nunca, pues ha llevado a Europa las premisas tan nobles de la revolución, así como el germen de terribles augurios para las testas coronadas. El hecho trascendental se justifica plenamente. Francia se ha batido para conjurar la agresión de sus adversarios. La dignidad del hombre del futuro se ha garantizado con los derechos inalienables que deben respaldar su personalidad.

Al lado de Napoleón, como fieles compañeros, han compartido simbólicamente sus triunfos Juan Jacobo Rousseau y Federico de Prusia, sus maestros de la libertad y de la estrategia.

El recibimiento que París, encabezado por el directorio, le tributa, es apoteósico. Es el acto más deslumbrante del período de la revolución y lo será en mucho tiempo. "En la gran plaza de Luxemburgo, ante el altar de la patria, los cinco directores, en vistosos uniformes de seda y oro; ministros, embajadores, los "Ancianos" y los "Quinientos", ocupan las gradas. Agrupadas en trofeos, las banderas conquistadas ondean bajo el sol de diciembre".

Napoleón avanza, pálido, en su sencillo uniforme de campaña, el mismo que llevó en Lodi y Arcole. En momentos en que se detiene ante la concurrencia, se rompe el solemne silencio y estalla una inmensa ovación que barre la voz del cañón y de las músicas, en el ámbito sublime de la plaza. Al terminarse la ceremonia es conducido a su residencia. Varias de las calles por donde ha transitado cambiarán de nombre. La más cercana, la de Chantereine, pasará a llamarse de la victoria. Cuando tras él se cierra

la puerta de su residencia, comprende que a partir de este momento debe escapar del frenesí, pues podría comprometer sus futuros planes. Recogido en la intimidad de su hogar, sólo autoriza franquear la entrada a muy pocos. Concorre con frecuencia al instituto que le ofrece un sillón en la sección de ciencias. Cultiva el trato de sabios, artistas y escritores. A su mesa congrega a David, el genial pintor, Mehul Legouvé, Bernardín de Saint Pierre. Dialoga con Sieges de metafísica; con Lagrange y Laplace de astronomía; con Marie Joseph Chemier, de poesía; con Daunou de la legislación. Rechaza oportuno y en oportunidad, a todo el que pretende hacer presa en él. Barras, que comprende la situación del general vencedor, obtiene que sea destinado al comando del "Ejército de Inglaterra", diseminado entre Brest y Amberes. Desde este observatorio toma cabal conciencia de la empresa capital de su vida: vencer a la isla que se yergue frente a Francia, al otro lado del canal. A ella, a la enemiga innata del pueblo francés; la que estuvo a punto de absorberlo en la "Guerra de los Cien Años"; la que lo privó del Canadá; la que lo desterró del Cabo; la que ha quebrantado su comercio; la que ha lanzado sobre los Alpes y el Rin, a todos los soldados de Europa; la que retadora y soberbia permanece erguida sobre el mar.

En sus cavilaciones piensa que para acabar con tan mortal enemigo, debe herirlo en pleno corazón. Pero, triamente comprende, que sin el dominio del mar, nada representan los arsenales y almacenes, las miles de bocas de fuego, los poderosos ejércitos, templados por los ideales revolucionarios y las batallas aniquiladoras. Es entonces cuando viene a su mente la visión de Oriente, donde se extiende el gran imperio forjado por los audaces marinos de la Gran Bretaña. Si. Tal vez sea en ese Oriente, cuna de la gloria. "Allí, todo es grandioso y refulgente; allí las famas cobran deslumbrante brillo y el hombre se transforma en un dios". Es en Oriente donde se fraguan siempre las grandes revoluciones políticas y religiosas. Allí fue coronado Alejandro por los sacerdotes de Ammón y los magos de Babilonia. Allí César ahuyentó los últimos gritos de la libertad romana. Allí surgieron a la gloria Belisario, Mahomet, Gengis Khan y Tamerlán, esas grandes sombras del pasado, que parecen levantarse de sus sepulcros. Sí. No hay duda allí está Egipto, la madre de grandes culturas. Allí puede estar el lugar de donde partiría el golpe que se debe asestar al corazón del Imperio Británico. No hay duda, piensa el nuevo conquistador, y ya lo había dicho en Italia: "Europa es una ratonera. Nada grande se puede intentar en ella". Sólo en Oriente, con sus inmensas muchedumbres se puede realizar el destino de los grandes inspirados.

A su regreso de Amberes transmite a Barras el plan de invasión a Egipto. Pero éste, que en ocasiones tiene atisbos de hombre de Estado, en un principio se opone. No encuentra razonable enviar a las orillas del Nilo 40.000 franceses. Esto equivaldría a debilitar peligrosamente el poderío

militar de Francia, cerca de su más mortal enemigo. Pero, frente a los argumentos en contrario, y a pesar del más esencial, de que Turquía ha sido siempre un amigo de Francia acaba por ceder el político Barras.

Desde el Atlántico al Tiber, los correos cruzan todos los caminos para poner en actividad puertos, arsenales, guarniciones.

El 14 floreal, cena en casa de Barras y se presenta con él en el teatro de la nación, junto con Josefina, a presenciar a Macbeth, que representa Talma, el genial intérprete de Shakespeare. El 29 embarca en el navío Almirante, Orient; las músicas lanzan al aire las notas de la canción de los Girondinos y los cañonazos de la escuadra de 13 navíos de línea, 14 fragatas y 300 barcos de transporte; escapa milagrosamente a la vigilancia de los ingleses, a quienes afortunadamente una borrasca obliga a refugiarse en Cerdeña, a capear el temporal. Ha llevado consigo sabios, agrónomos, artistas y escritores: Monge, Laplace, Bertholet, Geofroi, Saint Hilaire, Denon, Arnault... junto con los mejores generales de la república, sus compañeros de Italia: Berthier, Kleber, Davout, Murat, Desaix, Lannes, Duroc. El almirante Brueys le instruye en las maniobras navales.

Dialoga con esta corte de personalidades intelectuales en las noches estrelladas, casi hasta el amanecer.

El 1º de julio de 1798, con mar gruesa desembarca en la costa africana y marcha inmediatamente sobre Alejandría, que cae en su poder al primer asalto. Lanza una proclama en la que advierte a los pueblos que no combatirá la religión, sino a los mamelukos, los usurpadores. En su rápido avance toma Rosetta y se dirige al Cairo, atravesando el desierto, en medio de grandes penalidades. A su encuentro sale el jefe mameluko Murad Bey, con buen acopio de fuerzas a defender los accesos al Cairo. El 21 de julio lo aplasta literalmente al pie de las Pirámides que han visto pasar a los grandes conquistadores como mudos testigos. Frente a sus divisiones formadas en "cuadros" y a las continuas andadas de artillería, se estrellan los nobles corceles de los hasta entonces invencibles mame-lukos, que abandonan el campo dejando sobre el mismo las tres cuartas partes de sus efectivos. Los vencedores recogen magníficos arneses, caballos, telas de seda, tapices y valiosas armas. A costa de sólo 100 bajas, los franceses acabaron aquel día con el mito de la invencibilidad de los grades jinetes de Egipto. Persigue a los restos de los vencidos, que se refugian en Siria. En el Cairo recibe la tremenda noticia de que el almirante inglés Nelson ha destruido en la rada de Abukir a la armada francesa, y que su amigo el almirante Brueys, ha volado al espacio con su barco, que no quiso abandonar. Se conmueve con la fatal nueva, pero comenta impasible: "Aquí moriremos, si es preciso, o de aquí saldremos engrandecidos como los antiguos".

Lúcido e infatigable, su genio arroja sobre la milenaria tierra de los faraones, toda una siembra de ideas, iniciativas y trabajos, que más tarde

provocarán su resurgir. Organiza la policía, establece tribunales, instala polvoreras, fundiciones, arsenales, fábricas, molinos, hornos de pan, una imprenta, y publica periódicos.

Ordena que sus ingenieros localicen el emplazamiento de los canales de la antigüedad. Piensa en la apertura del Canal de Suez, para que algún día los barcos lleven las mercancías de este lugar a Alejandría. Funda el Instituto de Egipto, que presidirá Monge y que constará de cuatro secciones: matemáticas, física, economía política, literatura y artes. Sus sabios estudian mientras tanto, la fauna, la flora, la mineralogía, la historia, la geografía y los monumentos del país; preparan una gramática y un diccionario árabes; proseguirán el estudio de los geroglíficos, que un descubrimiento del comandante Boussard en Rosetta, de una piedra a la vez grabada en griego y egipcio —acaba de hacer posible—.

Indiferente en el fondo a las formas religiosas, da muestras de su deferencia por el profeta y las creencias musulmanas. Advierte a sus soldados: "mantened con las ceremonias que prescribe el Korán y con las mezquitas, la misma tolerancia que habeis tenido para los conventos y sinagogas, de la religión de Moisés y de Jesucristo...". Conversa con los imanes; se instruye en las ceremonias y ritos árabes; protege a las caravanas que se dirigen a la Meca; visita a los Sheicks procurando despertar en ellos el espíritu patriótico y establece lazos amistosos con los coptos, a quienes promete mejorar de suerte. Fueron muchas, tantas las iniciativas, que produjeron asombro hasta entre sus adversarios.

Pero los turcos han movilizad tropas a Siria que amenazan el Nilo. Decide cerrarles el paso. El 10 de febrero de 1799, marchó en unión de Lannes, Kleber y Murat al frente de 13.000 hombres. Ocupa Gaza y el 3 de marzo se presenta ante los muros de Jaffa. La ciudad es tomada por asalto y saqueada. Dos mil turcos han caído en el campo y 3.000 son fusilados por falta de provisiones. Sus éxitos, sin embargo, se estrellan ante la fortaleza clave de San Juan de Acre, antiguo bastión cristiano cuando las Cruzadas. Por dos meses consecutivos se prolonga el asedio sin resultado alguno favorable. Mientras éste prosigue, él en persona, marcha en apoyo de Murat y Kleber que se hallan enfrentados a un ejército turco frente a Nazareth. Entra en acción y les infringe gran derrota en el monte Tabor. De regreso, bajo la convicción de que no podrá tomar San Juan de Acre, lo que alterará todos sus planes, adopta la decisión de emprender el regreso a Egipto, en una penosa retirada a través del desierto. Alcanza por fin el Egipto y hace su entrada al Cairo. Los indígenas lo saludan con el nombre de Sultán Kebir (el Gran Sultán). Pero nuevamente ha de combatir. Protegido por la flota inglesa, se acerca un ejército turco para atacar Alejandría. Marcha rápidamente a su encuentro y el 24 de julio lo aniquila en Abukir, borrando con esta acción el recuerdo del desastre naval. Kleber, que ha volado en su apoyo, no puede menos de exclamar al verlo: "Sois grande como el mundo".

Las noticias que recibe de Francia, pese a la dificultad de las comunicaciones, le fuerzan a regresar antes de lo que pensaba. Prepara el viaje en el mayor secreto y deja a Kleber encargado del mando. En una playa desierta, cercana a Alejandría, embarca con sus allegados en dos pequeñas fragatas, que al amparo de la noche parten rumbo a Francia. Venturosamente realiza la travesía y cinco semanas más tarde avista las altas rocas de Córcega. Ordena echar el ancla en Ajaccio y tan pronto el tiempo lo permite, zarpa rumbo a Francia. El 9 de octubre toma tierra en Frejus y pisa de nuevo el suelo de Francia.

Otra vez lo envuelve el tremendo ajeteo de la política. El presente, y es evidente, que el directorio teme su presencia y su popularidad. Por eso, le ofrece nuevamente el mando en Italia, que rehusa pretextando razones de salud. Josefina, que prosigue engañándole, logró entre ruegos y lágrimas, hacerse perdonar por segunda vez. Solícita curtida en intrigas y hábil en el mundillo de la vida social, pone en juego toda su astucia para secundar los designios de su esposo. La calle de la Victoria volvió a poblarse y se convirtió en el escenario de un incesante desfile de diputados, ministros, funcionarios, miembros del instituto, periodistas y oficiales que han combatido bajo sus órdenes.

Francia le añoraba y tiene sus ojos puestos en él. Hábilmente logra conservarse sereno y manifiesta despreocupadamente, que sólo aspira a unir las fuerzas útiles, pero dispersas, de la política. Afluyen a su despacho centenares de adhesiones y saludos de bienvenida, redactados en todos los tonos. La confusión política va en aumento. Su discreción es la mejor arma. El, y sólo él, podrá salvar a Francia del caos que comienza a enseñorearse de todo. Pero de pronto, el directorio se resuelve a obrar y expide un decreto que inviste a Bonaparte de plenos poderes militares. El general agradece a los emisarios, y luego, acompañado de Murat, Lannes y Mac Donald, monta a caballo y se dirige a las tulerías. Serios, altivos, tensos los oficiales con botas de montar, calzones blancos, guerreras prestigiadas con el oro mate del polvo de las batallas y con grandes sombreros de penachos tricolores, avanzan en el cortejo, seguidos por los dragones, el cuerpo más adicto a su general.

Bonaparte, con la testa erguida, tostado por el sol de Egipto, avanza a diez pasos de su estado mayor, vistiendo sencillo uniforme azul, sobre un caballo negro y con dos pistolas al cinto. Cuando llega, desmonta y penetra al recinto del Consejo de los Ancianos; es recibido por éstos; se vuelve a los directoristas y con voz vibrante les increpa: "¿Qué habéis hecho de la Francia que yo dejé en el pleno esplendor?".

Ante su actitud imperiosa, Boblot, el secretario de Barras, quien no se ha atrevido a comparecer y se halla refugiado en Grosbois, desde donde enviará su dimisión, el ofuscado secretario se esfuma prontamente.

En este día, el 18 Brumario, Napoleón es dueño de la situación y obtiene como por ensalmo, que cesen los tumultos y en París reine una calma absoluta. El golpe que ha venido meditando se cristaliza, apoyado eficazmente por su hermano Luciano, que preside la asamblea de los quinientos. En medio de una tremenda barahunda, que llega hasta afectar la integridad física de Napoleón, son arrojados del recinto por los dragones. Afuera, la multitud aclama a Napoleón, y éste que antes de la expulsión de sus miembros habrá sido elegido cónsul, en un triunvirato con Sieyès y Roger Ducos, recobra la calma. En realidad, será él quien mandará sin obstáculos, y así lo reconocerán de inmediato sus dos compañeros. Se ha cumplido así el golpe de estado - que no debió haberse realizado jamás, para su futuro histórico.

El nuevo gobierno se apoya en dos hombres que ocupan dos posiciones claves -relaciones exteriores y policía— por quienes Napoleón experimenta dos sentimientos encontrados: desconfianza, con mezcla de repulsión, pero seguridad y admiración por sus grandes capacidades. Se trata de Talleyard y Fouché. Ellos lo traicionarán siempre embozadamente, mientras juzgaron que era invencible; luego, sin reatos, desembozadamente, cuando comprendieron que había llegado su hora de adversidad. Ni en sus momentos más aciagos, se atreverá a prescindir definitivamente de sus servicios. Irá con ellos hasta el final con la certeza de que lo traicionan y que le fallarían en el momento supremo. Ellos nunca serán ajenos a las maquinaciones de Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia.

Pese a su intención de consolidar una paz duradera, la coalición levanta nuevamente la cabeza. Debe volver a Italia. Como Aníbal, en esta ocasión atraviesa los Alpes y obtiene una gran victoria en las llanuras de Marengo, donde 25.000 franceses dan cuenta de 70.000 austriacos. Con hábiles maniobras arrolla a los demás ejércitos enemigos e impone las condiciones del vencedor. Italia es reconquistada por segunda vez. Trata de resolver su diferendo con el Papa, mediante un concordato. Este reconoce la libertad de conciencia y acepta la confiscación de los bienes de la iglesia. A cambio de esta concesión, el Estado se obliga a sufragar mensualmente los sueldos de sacerdotes y obispos. En principio hay oposición, pero la reforma termina por imponerse. Elegido cónsul vitalicio, consigue la paz de Amiens. Inglaterra, ante la derrota de la coalición, opta por reconocer la República Francesa y aparentemente vuelve a reinar la paz en Europa. Bonaparte provoca un plebiscito para afirmar su posición política. Por 3'568.000 votos afirmativos —el pueblo— francés lo confirma en el consulado, contra 8.000 votos negativos.

No obstante el casi permanente estado de guerra, que mantiene bajo banderas grandes contingentes de tropas, Francia por virtud de que las operaciones se realizan en territorio enemigo, ve cómo su industria revive y progresa ostensiblemente. Para prevenir conflictos, Francia vende a los Estados Unidos de Norte América la Luisiana por 54 millones y evacúa sus

tropas de Santo Domingo. Pero sabe por sus informes de inteligencia, que Inglaterra se prepara para la guerra: así termina por romperse la Paz de Amiens. Napoleón, que va perdiendo la paciencia, amenaza con decretar un bloqueo continental, que cerrará todos los puertos de Europa al comercio británico.

Pese a esta amenaza, que hace recordar la época de la Invencible armada, la voluntariosa Inglaterra desafía a Napoleón y éste decreta el bloqueo a toda costa. El ambiente político vuelve a oscurecerse y las coaliciones traen de regreso la guerra. Los emigrados realistas que se han acogido a la amnistía han regresado a su país para conspirar. La policía de José Fouché olfatea el complot y el próximo estallido de máquinas infernales, que tratan de segar la vida del primer cónsul. El general Moreau, el gran militar rival de Napoleón, traiciona abiertamente y es conducido a la prisión del templo. Otro tanto ocurre con el brillante general Pichegru. Como en los tiempos del cardenal Mazarino, soplan vientos de fronda. Bonaparte se da cuenta cabal, de que a su alrededor, se teje la complicada telaraña de una rebeldía generalizada. Siente que la traición tiende sus mil brazos desde las antecámaras gubernamentales hasta los campos y ciudades de Francia.

Las Causas del Desastre

Pero, no obstante tan fatales augurios y pese a la oposición, desencadenada, el consulado mantiene férreamente las riendas del poder. Pero hay algo, sin embargo, que se palpa en el ambiente y que no se podrá evadir. En la conciencia pública se va abriendo camino la idea de retornar a la monarquía. Esta tendencia va creciendo, hasta convertirse en alternativa y solución inevitable, que también comparten sus partidarios y allegados. Pero en manera alguna entra en sus cálculos el retorno de los borbones. Para ello, hay que arrancar de raíz toda posibilidad. Napoleón así lo comprende, pero la fatalidad interviene y le da a esta solución un giro tan dramático y terrible, que Napoleón se coloca ante el juicio inexorable de la historia. El había impartido su aprobación al secuestro en territorio extranjero del joven duque de Anguien, el heredero legítimo de los borbones. Los oficiales ejecutores del secuestro fueron tan lejos, que no vacilaron en sacrificar al duque, echando así sobre el primer cónsul, un borrón que nadie le perdonaría jamás. Algunos han llegado hasta afirmar que con este acto se trató de aterrorizar a los conspiradores y elevar al primer cónsul a emperador de los franceses. Cuando ello se cumplió, casi todas las gentes de esa época, estimaron este paso como el único medio para garantizar su continuidad en el mando. Por una ironía de la historia, fue precisamente José Fouché el primero que le invitó a ceñirse la corona imperial. Como respaldo a su propuesta, advirtió: "Un dictador puede desaparecer; un soberano no, porque en el instante que caiga, se aizará su sucesor". El alcance de este acceso a la más alta dignidad a que podía aspirar cambia totalmente el ritmo de la política y es tan rotundo, que golpearía a la

emperatriz Josefina, que no puede darle un sucesor a su consorte. Habrá de abandonar la corte en que tanto brilló para darle paso a una princesa, que demanda el equilibrio de la nueva diplomacia. Pero mientras tanto, disfrutará de los placeres del triunfo que su belleza le brinda. El 2 de diciembre de 1804, Napoleón abandona las tullerías y se dirige a Notre Dame, donde le aguarda el Papa, para coronarlo. La renuencia del Pontífice en un principio, es doblegada a base de ciertas concesiones que Napoleón accede. Qué ironías reserva el destino a ciertos hombres. Josefina, la ex-amante oficial de Barras y la ocasional de muchos otros, es elevada al rango de emperatriz de los franceses. Ella, que más que nadie está segura de que su pasado es de público conocimiento, sabrá adaptarse a esta nueva situación y logrará comportarse como una verdadera emperatriz, ahora que su esposo ha llegado a la cúspide de sus aspiraciones, como emperador de Francia y rey de Italia.

El proyecto de invasión a Inglaterra fracasa, porque nunca la escuadra francesa ni sus almirantes, estarán a la altura de la pericia de los marinos británicos, ni él mismo, que tanto ha logrado con su buena estrella, podrá doblegar el espíritu y voluntad de la Gran Bretaña. Mucho influyó en este insuceso, el temor a la responsabilidad que dominaba el ánimo de sus almirantes, que temblaban al pensar que una equivocación de su parte, pudiera desatar la ira del emperador. En varias ocasiones, el temor paralizó sus actos y Nelson supo dar buena cuenta de ellos.

Una nueva coalición, fraguada por Inglaterra y manipulada por el Zar Alejandro de Rusia, el joven nieto de Catalina la Grande, cuya ambición no le permitía admitir que Napoleón siguiera siendo el árbitro de los destinos de Europa, obligó al emperador a desatar una nueva contienda, antes de que sus enemigos completaran sus preparativos diplomáticos y militares. Alejandro, que fue siempre objeto de las más variadas y contradictorias apreciaciones, aspiraba a patrocinar los grandes sucesos políticos que se iban aproximando inevitablemente. La masa de su poderoso ejército inclinaba la balanza de las decisiones de los demás monarcas, que sabían por experiencia, a partir de Pedro el Grande, lo que contaban en su favor el espíritu de este pueblo y las obligatorias alternativas de una guerra en profundidad, auspiciada por el invierno, su más fiel aliado. Aprovechando la inexperiencia del rey Federico Guillermo de Prusia y el odio tan acendrado que profesaba su bella esposa a Bonaparte, lo incitó a prepararse para una contienda en que participarían Austria, los príncipes alemanes, los ex-monarcas italianos y el Supremo Pontífice de Roma.

Napoleón, como siempre, atacó primero, antes que los coaligados logran concentrarse. El Ejército francés se movilizó a través de Prusia, hasta el momento neutral, pero cuya situación geográfica hacía imposible su neutralidad. Tan preparada se hallaba Prusia, que de inmediato sus generales procedieron a establecer contacto con los rusos. Al efecto el Zar Alejandro se trasladó repentinamente a Postdam. Napoleón, que lo

sabía de antemano, aceleró su marcha a través de Baviera, al encuentro del general ruso Kutusoff. Este, ante el temor de verse cercado por Napoleón y sus lugartenientes, retrocede, dejando a Viena indefensa, atraviesa el Danubio y se dirige a Moravia, lugar escogido para la concentración de los coaligados. Napoleón que le pisa los talones, hallará la ruta libre y cruzará por la orilla derecha el Danubio, en tanto que el general Mortier, endereza su ejército por la izquierda. Ante la maniobra, Viena capituló sin la menor resistencia el 13 de noviembre.

Napoleón se instala en el palacio de Schoenbrunn, la residencia de los emperadores de Austria. Sus soldados comentan alegremente: "El emperador ya no necesita de nuestros brazos, sino de nuestras piernas". Todo ha sido tan vertiginoso, que en el espacio de tres semanas se había resquebrajado la coalición. Dos días después el ejército sale en procura de los rusos. Estos, junto con un ejército austriaco, están acampados en las inmediaciones de Olmütz, a sólo 30 leguas de Viena. Al día siguiente brillará esplendoroso el sol de Austerlitz. Esta feliz batalla, para los franceses, ya se había decidido la víspera. Todo fue previsto dentro de una táctica impecable. Para descolocar al adversario de sus fuertes posiciones, los franceses proceden a evacuar la aldea de Austerlitz, como si sólo pensarán en defenderse, actuando a la defensiva. Los rusos y los austriacos caen en la trampa, abandonan sus posiciones y descienden a la gran llanura de Pratzen.

La ruda batalla que se librará en breve, se alzará para siempre como la cima estratégica de Napoleón. Desde la fuerte posición que acaban de desocupar los coaligados, los franceses proceden, para evitar al adversario, a descubrir uno de sus sectores, el derecho, en la confianza de que los rusos atacarán esta brecha. Kutusoff, como llevado de un destino fatal, se lanza, en la certeza de cerrar al emperador el camino de Viena. El confiado Kutusoff, tal vez un poco engreído, comenta con sus oficiales: "No se trata señores, de disputar una victoria indecisa; sino de cercar al ejército francés y obligarlo a deponer las armas; a él y a su emperador". Cuando éste aprecia que el adversario ha caído en el cepo, no puede menos de exclamar: "Mañana, ese ejército será mío". Con sus mariscales ha discutido las diversas y posibles eventualidades. El 2 de diciembre al amanecer, se disipa la bruma y un sol espléndido ilumina la planicie, los pueblos, las colinas cubiertas de pinos, el Goldbach y los estanques. Tal como intuyó Napoleón, el enemigo ataca Telnets y Kolnets. Los mariscales franceses contienen los asaltos y ocupan la meseta de Pratzen. Napoleón los sigue con su guardia. Kutusoff trata desesperadamente de reconquistar la meseta. Se combate a sablazo limpio. La guardia rusa cede y se escapa por los barrancos. Los franceses caen sobre el enemigo desde las alturas de Pratzen. Los rusos se sumergen en los pantanos que se quiebran bajo los cañonazos franceses. A 23.000 ascienden sus muertos y 20.000 caen prisioneros. Las pérdidas franceses ascienden a 8.000 hombres. Los

emperadores huyen a refugiarse en el Castillo de Halitsch. Los rusos y austriacos suspenden la acción. Las cláusulas son tan generosas que indignan al estado mayor francés. Cuando los rusos desfilan rumbo a su patria, vencidos y humillados, pero no quebrantados en sus futuras aspiraciones, Vandamme profetiza, que en menos de seis años volverán con rumbo a París.

Este error de Napoleón, será la semilla de nuevas coaliciones. Austria que pierde en cesiones territoriales cuatro millones de súbditos, en breve estará dispuesta a pactar nuevas alianzas contra Francia. El clan de la familia Bonaparte se hará cargo del desaparecido patrimonio de los borbones de Nápoles. En sólo tres meses Napoleón ha desbaratado la coalición y el Estado Prusiano se ve obligado a aceptar las condiciones que le impone el vencedor.

Talleyrand, como siempre, redacta las estipulaciones de paz. El castigo a los Prusianos por su deslealtad a los convenios es castigado con la humillación. Su desgraciada reina, infatigable en su odio a Napoleón, termina prosternada ante el "odioso corso", que se digna hacerla levantar.

Bonaparte, ansioso de rendir un tributo de admiración a Federico el Grande, va a Postdam y se concentra en sus pensamientos frente a su tumba.

Era de suponer que después de tamaños éxitos, mediara un paréntesis de reflexión y ocurriera un viraje político en la actitud del vencedor, frente a los futuros hechos que habrían de producirse, una vez que todos los miembros de la coalición, salvo Inglaterra, habían experimentado los efectos de una derrota de tales proporciones. Pero, Napoleón, después de haber asestado semejante mazazo, piensa que nada en lo sucesivo podrá ya oscurecer su estrella. El triunfo le hace olvidar toda consideración de prudencia. Reveladora, por demás, es la comunicación que dirige al político y jurista Cambeceres, bajo el influjo de la embriaguez de la victoria. De una plumada arroja de sí toda prudencia, todo instinto político sobre los futuros objetivos del adversario: "Esta vez la voy a emprender de tal forma con mis enemigos que acabaré con todos ellos". Su actitud, con esta fatal decisión, parece darle plena razón a todos los calificativos que han venido dándole los ingleses, en grabados populares, libelos y caricaturas. Su actitud es la del usurpador, del autócrata soberbio, fuera de sí. Tal se deduce del fatal decreto que expidió el 21 de noviembre sobre el bloqueo continental, que retumbará como un trueno, no ya sólo en las cortes de Europa, sino en todos los medios y estamentos sociales. Su propósito alzará contra él los intereses industriales, navieros, comerciales, hombres de empresa, trabajadores rasos, y algo más grave aún, enfriará la voluntad popular, al privar a las comunidades de artículos de primera necesidad, con la anarquía de precios y abastecimientos. Toda su política girará a partir de este momento, de este acto capital, del que queda

suspendida la suerte de Europa. Su quimera de reducir a la Gran Bretaña, le hace olvidar que sin el dominio del mar, los instrumentos y medios de acción y el gigantesco despliegue operativo que demanda su aplicación, absorberá las fuerzas y la dinámica de la administración. De otro lado, la restricción propiciará el contrabando en propios. Todo este intenso ajetreo conducirá a una solidaridad, que irá desde lo más alto hasta lo más bajo y cuyas consecuencias son previsibles. "El bloqueo será el error capital, el error fatal de Napoleón". Su aplicación llevará también a una cadena de usurpaciones y violencias que sublevará a la gran mayoría de los países contra él, neutrales y beligerantes. De esta implacable e inaudita decisión, saldrán las guerras con España, Portugal y la Santa Sede, a todas luces innecesarias y notablemente perjudiciales, pues deberá extender su cobertura militar y policial, acelerará la disminución de recursos de toda índole y enajenará las voluntades, que se concretarán en nuevas manifestaciones de rebeldía. Y finalmente, la creciente irritabilidad del emperador, encenderá inevitablemente la contienda con el oso ruso, a quien auspicará, como siempre, su majestad el invierno y ese potente espíritu nacionalista de aquel pueblo profundamente religioso y de pasiones desencadenadas. Ese pueblo será capaz de los mayores sacrificios para satisfacer las exigencias de sus monarcas absolutistas.

Pero antes de que la invasión del "gran ejército" lleve la lucha hasta el corazón del imperio ruso, Napoleón, cuya estrella aún resplandece en todo su fulgor, cobrará al Zar Alejandro su activa participación en las coaliciones. Cabe reconocer que el paso que dará en esta ocasión, tiene alguna justificación, porque aquél, a pesar del desastre anterior y de la magnanimidad de Napoleón, no vaciló en comprometer al emperador de Austria y al rey de Prusia en nuevas maquinaciones antifranceses. Para este propósito, había destacado con una fuerza poderosa al general Benningsen a Polonia, a donde habrían de converger austriacos y prusianos, subsidiados por Inglaterra.

Napoleón que siempre se mantenía alerta, resolvió atacar antes de que se concentraran sus adversarios; ocupó con sus lugartenientes Varsovia; a continuación cruzó el Bug y ordenó acometer las líneas de Benningsen. A pesar del deshielo y el fango obtuvo los primeros éxitos en Czarnowo, Nasielsk y Soldan. El mariscal Lannes consigue a su turno brillante victoria en Pulotuck. Pero el mariscal ruso, excelente estratega, realiza una retirada en tan perfecto orden que compensa el efecto del triunfo francés. Sabiendo que Napoleón esperaba la llegada de la primavera para continuar las operaciones, concibe la idea de realizar un amplio movimiento envolvente al amparo de los bosques y lagos de Prusia Oriental, para aproximarse a Varsovia y tender un cerco alrededor del ejército imperial. Por una feliz circunstancia, el mariscal francés Ney que se ha adelantado con su cuerpo de ejército hasta Konnigsberg, se tropieza con él; realiza de inmediato una operación de repliegue e informa

al emperador en Varsovia. Napoleón, contando ya con una helada planicie, que ha reemplazado al fango y que favorece sus movimientos, se pone en campaña con la esperanza de un éxito fulminante. Pero ha subestimado a Benningsen, que hurtando hábilmente el cuerpo, rehuye todo contacto en Jonkowo y se repliega hacia Eylau, seguido de cerca por los franceses. Allí decididamente hace frente a los imperiales con una masa de 80.000 hombres. Bonaparte dispone de 54.000.

Es el 8 de febrero de 1807 y sobre una inmensa y blanca llanura, bajo un cielo gris, se entabla la lucha. Napoleón, con sus cuarteles instalados en el cementerio de Eylau, desde una altura dirige las operaciones. Es una lucha sin cuartel y ambos ejércitos, para reemplazar sus terribles pérdidas, deben cerrar sus líneas y resistir estoicamente. El general francés Augereau inicia entonces un movimiento por entre montones de nieve, sobre el ala izquierda rusa, pero es recibido por tan intenso fuego, que se ve obligado a retirarse, después de haber perdido dos tercios de sus efectivos. Napoleón, que no se forja ilusiones, pues conoce el poder de resistencia de la infantería rusa, ordena al general Murat que lance sus veinte escuadrones de caballería sobre el centro ruso del general Benningsen. Esta avalancha de jinetes se proyecta como un ariete y logra quebrar las tupidas filas del enemigo. Murat observa sorprendido cómo los artilleros moscovitas disparan a discreción sobre rusos y franceses. Por fin, los rusos desbaratados a sablazos huyen hacia los bosques. Una de sus columnas en retirada se encuentra de improviso con la guardia imperial de Bonaparte en el cementerio de Eylau. El mismo emperador, como en Tolón, se hace cargo del escobillón de una pieza de artillería y apunta sobre el enemigo.

Casi todos los rusos de este sector han muerto. Napoleón observa conmovido los montones de cadáveres que yacen por todas partes. Se halla en espera de que el general francés Davout envuelva el ala izquierda rusa, azotando nerviosamente la nieve con su fusta. Pero en vez de Davout contempla que súbitamente 8.000 prusianos que se mantenían en reserva, entran a reforzar a los rusos. La lucha vuelve a generalizarse y sólo la noche logra poner fin a aquel infierno. Benningsen, que ha perdido la mitad de su ejército, emprende la retirada. Por primera vez puede apreciarse, que allí no ha habido vencedores ni vencidos. Napoleón así lo comprende y Benningsen está seguro de ello. Hay que reconocer que el coloso francés ha salido tambaleante del mortífero duelo.

Sobre los resultados del encuentro flota la duda y nada decisivo se ha logrado en Eylau. Pero, con todo, Francia conserva la iniciativa. El Zar de Rusia se prepara para reforzar la coalición. Las noticias de España y de otras naciones son para el emperador inquietantes. Parece como si algo se trama en el imprevisible destino del mañana.

Con la rígida aplicación del bloqueo continental, Napoleón está logrando alejar de su lado a casi todas las naciones de Europa, que conside-

ran que ellas no tienen por qué ligar su destino entero a la política económica del emperador de los franceses. El Papa, en actitud firme y valerosa, se niega a cerrar sus puertas a los ingleses, y deberá ser invadido por el ejército francés. Portugal, amigo invariable de Inglaterra, que se niega a cerrar sus puertas a los británicos, también deberá ser invadido y la familia real buscará refugio en su colonia del Brasil.

La intromisión francesa en la política española y la aplicación del bloqueo, conducirán inevitablemente a la incursión en su suelo de los ejércitos franceses. Error tras error van cavando la ruina y el desprestigio en todo el engranaje político, montado bajo tan buenos auspicios cuando Bonaparte ascendió al consulado. En tierras de España y Portugal se desangrará inútilmente la maquinaria militar hasta entonces imbatible en el resto de Europa. Los católicos, adictos al Papado, y mayoría absoluta en vastas regiones del imperio se alinean en contra de la autoritaria voluntad de Napoleón. La aparente conquista que éste y sus generales han logrado, se agita en medio de un semillero de guerrillas, que habrá de convertirse en breve en ejércitos que se unirán a los cuerpos expedicionarios británicos que desembarcan incesantemente. El tradicional espíritu combativo de estos pueblos y la asistencia inglesa, ponen en jaque a los franceses y levantan en su contra la opinión del resto de Europa. La economía, deteriorada por el bloqueo; el reclutamiento incesante de tropas; las excesivas cargas tributarias y el desencanto que se va apoderando de las gentes, así como la traición que gana a varios de sus colaboradores, hacen esperar los peores resultados.

La crisis porque atraviesa el dominio militar en Portugal y España, contagia al resto de Europa. La inevitable contienda que se iba gestando en Alemania, Italia y Austria, estalla con una magnitud que supera cualquier cálculo. Napoleón y sus mariscales deben desplegar todo su ingenio y capacidad militar para doblegar la insurrección que hierve por todas partes. Los austriacos, comandados por dos hábiles conductores que han aprendido en la derrota a enfrentarse a las tácticas napoleónicas, hasta convertirse en caudillos experimentados, implican para el emperador un esfuerzo nunca antes realizado. Logró vencerlos por fin pero a costa de pérdidas enormes y el desprestigio de su aureola victoriosa, que hace pensar a muchos que su buena estrella comienza a palidecer. Pero, a pesar de estos augurios de adversidad, desde el palacio de los emperadores de Austria, impone las condiciones de la paz. Parece que los resultados no se hallan revestidos de la seguridad que caracterizaba los convenios anteriores. La decisión ya no es tan rotunda, sino que ella es dictada por el afán de alejar la guerra y alcanzar una paz un tanto precaria.

Otra circunstancia desafortunada afecta gravemente al porvenir del imperio, y es la falta de un heredero, que no le puede procurar la emperatriz Josefina. De ello está plenamente seguro, porque María Waleweska, la bella polaca, a quien ha convertido en su amante, ilusionada por una

Polonia libre, espera un hijo suyo, se ha obstinado en advertírselo, no es otro que el divorcio de Josefina, por quien profesa aún amor e infinita ternura. Pero en él terminará por prevalecer el interés del Estado sobre los más nobles sentimientos de su naturaleza sensible y apasionada. Se decide por el divorcio, en medio de escenas desgarradoras, cuando comunica su decisión a la emperatriz, que ahora sí lo ama intensamente y que viene cumpliendo a cabalidad con sus deberes de esposa y de emperatriz de los franceses, quienes le testimonian su generoso afecto.

Para reemplazar en su corazón y en el trono, después de mucho debatirlo, por razones de alta política, con sus ministros y allegados, opta por una decisión sorprendente. Solicita la mano de la hija mayor del emperador Francisco de Austria, después de haberse sentido, casi al borde del rechazo, en su intención de desposarse, con una hermana del Zar Alejandro de Rusia, que no veía con buenos ojos ese enlace. Alejandro no se negó de plano, pero dio largas al asunto, de acuerdo con la voluntad de la Zarina, que siempre testimonia desafecto por Napoleón.

Obraron para ésto diversas circunstancias. En la campaña de Wagran había podido comprobar el fondo innegable de fuerzas vivas con que contaba la monarquía de los Habsburgos, y el sincero amor que le profesaban sus súbditos. Estima, por lo demás, que un íntimo acuerdo con Austria, basado en intereses de familia, sería el mejor medio de entender y consolidar la paz.

Después de su boda aumenta su confianza y cree por fin haber alcanzado la paz y el descanso de una guerra casi continua.

El 20 de marzo de 1811 festeja alegremente, en asocio del pueblo de París, el nacimiento de su hijo, en medio de cañonazos y festejos. El bautizo que tiene lugar el 9 de junio en Notre Dame, constituye la ceremonia más fastuosa del reinado. En este momento alcanza, en verdad, la cima de su carrera. El nacimiento del heredero cierra la gran etapa aventurera. Ya puede como el poeta repetir: "¡El porvenir, el porvenir, el porvenir es mío!".

Este niño ha venido al mundo cuando el Imperio Francés cuenta con 132 departamentos. Pero, con todo prosiguen las anexiones, esta vez a costa de España, de las ciudades Anseáticas de Bremen, Hamburgo y Lubeck. De este modo Francia se extiende desde el Ebro al Elba y desde Bretaña al Carigliano y Zara. El gran imperio con sus reinos vasallos abarca la inmensa área que señalan el Estrecho de Gibraltar, el Vístula y Sicilia. Carlomagno ha sido superado.

Pero este espléndido edificio —ya no es un secreto— comienza a agrietarse inexorablemente. Ello —no lo presienten— sino que lo captan muchos de los que han sido servidores abnegados y amigos del emperador. Tal vez él es quizás el único que aún tiene confianza en su buena estrella, pese a que ya se suceden a su alrededor retiradas de colaborado-

res, que pensando en el mañana, están comenzando a desertar. Tampoco llevado de su confianza y de la convicción en su poder omnímodo, no acierta a comprender, que un sentimiento general de enojo e inquietud, está ya sustituyendo en su propio país el entusiasmo y confianza de los primeros tiempos. El cansancio de la guerra; el reclutamiento, cada vez más ávido, que arrebató demasiados hijos, ha llevado hasta el mutilamiento para librarse de la incorporación a filas. Las deserciones han hecho que el número de prófugos ascienda a 160.000 en 1810. Las columnas móviles, encargadas de contenerlas, ya se han vuelto familiares, en sus recorridos por las distintas regiones. La industria, el comercio y las actividades agrícolas y navieras han retornado al marasmo del que las sacó el consulado, por causa casi exclusiva del bloqueo continental. Los impuestos gravitan como pesada carga. Una inflación galopante se refleja en los precios de las bebidas, la sal, el tabaco y los alimentos de primera necesidad. La indiferencia por la gloria revela que se comienza a añorar la libertad perdida y que las necesidades materiales priman sobre los más nobles sentimientos del espíritu.

Con excepción de Cambaceres, ya no rodean el imperio hombres de valía, de carácter y con visión política. Como bomba de succión España y Portugal devoran batallones tras batallones. La tensión política sube en los países subyugados y ha llegado el momento en que el poderoso ejército, el más grande creado hasta entonces, pero también el más heterogéneo, inicia su trágico avance hacia las grandes estepas y llanuras rusas, como siguiendo las huellas del infortunado Carlos XII de Suecia, que alcanzó vencedor a Poltava y regresó casi solo a su patria.

Pero las experiencias ajenas no cuentan, cuando está de por medio la voluntad de un hombre. Otro conductor de multitudes, en los tiempos contemporáneos, habría de seguir fatalmente las huellas de esta dolorosa trayectoria sobre desiertos y hielo, ya para mediar el siglo XX.

La victoria del frío y de la fanática resistencia de este pueblo, han sido y serán siempre el testimonio más elocuente de lo que valen una moral y un espíritu decidido, frente a la ambición de poder de conquista y de gloria, a costa del dolor humano.

Fue Napoleón tan extraordinario guerrero y conquistador, que ha sido de todos los que le precedieron y de los que vinieron después, el único que logró penetrar a Moscú, la Nueva Constantinopla, y la ciudad Santa de los rusos. Por eso, fue también el único que la vio arder por sus cuatro costados, como homenaje a la voluntad de no ser subyugada por un invasor.

El melancólico retorno a Francia de los escasos restos del gran ejército, será el principio del fin del gran imperio fundado por Napoleón, el hijo de la revolución. Es también el anticipo de lo que será el final de la más extraordinaria aventura corrida por hombre alguno, en la larga historia de la humanidad.

Fue tan grande su ascendiente en el mundo de su época y sería tan notable su ingerencia en el futuro de los tiempos sin grandeza, que después de su derrota, en una campaña donde se revelarían aún más sus grandes dotes de señor de la guerra, que después de su reclusión en el diminuto reino de la Isla de Elba, el pueblo francés lo añoró tanto, que hubo de regresar, para librar una jornada contra Europa entera, hasta sucumbir en el infierno de Waterloo y marchar a una nueva reclusión en la lejana Santa Helena.

Los contemporáneos, que ya casi no nos ocupamos de sus glorias, nos regimos por su célebre "código" y disfrutamos de los postulados de libertad, que propugnó la Revolución Francesa, y que él, pese a su autoritarismo, preservó, y depuró de las estridencias con que quisieron adornarla los extremistas del "terror".

Y cuando ya del gran caudillo sólo quedaba su discreta tumba en el vallecillo del geranio, bajo tres sauces, donde reposaría el largo sueño de veinte años, por virtud de su solo prestigio, como si se alzara del sepulcro, sus cenizas, conforme a sus últimos deseos, volvieron a Francia para reposar a las orillas del Sena, "cerca de ese noble pueblo francés", que tanto amó y que le correspondió, amándolo aún en su muerte.

El poeta Lamartine habría de decir ante la Cámara Francesa: "Aunque admirador de aquel gran hombre, mi admiración no se ve libre de recuerdos y prevenciones.

Yo no participo de esa religión Napoleónica, de ese culto a la fuerza que, desde hace algún tiempo, tiende a verse sustituido por la severa religión de la libertad", y sintiéndose profeta añade: "No consigo ahuyentar mi inquietud ante esta divinización de un hombre, sobre cuya tumba sería preciso grabar estas tres palabras: "A Napoleón, solo".

Y quien habrá de repatriarlo, para refutar al profeta, es el príncipe de Joinville, que por orden del rey Luis Felipe de Francia, en 1840, marcha grave y orgulloso, a buscar en su pedestal de lava al enemigo de su estirpe, que reposa en su verde cañada, velado por tres sauces y un veterano inglés.

"Vuelve a entrar en París el 15 de diciembre de 1840, alzado por sus victorias sobre un escudo de oro. Ante la inmensa muchedumbre que tiembla menos de frío que de la emoción que en ella provoca el recuerdo de las pérdidas grandezas, el hombre del destino, consagrado en santa helena, retorna al seno de "aquéllos franceses que tanto amó", para dormir su último sueño. Truenan el cañón como en los días de Austerlitz y Jena. Tras el carro triunfal, los últimos supervivientes del gran ejército, enfundados en sus uniformes de gloria que la miseria ha desteñido y desgastado, se arrastran viejos y débiles, agonizantes de alegría... Y el féretro se adentra en la nave de los inválidos, la única bóveda de Francia que podía cobijarle dignamente, porque no es más que banderas. ¡Viva el Emperador!...

Plutarco

Vidas Paralelas

Joaquín Gil - Editor - Buenos Aires.

Harold Lamb

Alejandro de Macedonia - Editorial Juventud - Buenos Aires.

Aníbal - Editorial Grijalba - México - Buenos Aires.

La Marcha de los Bárbaros - Editorial Sudamérica - Buenos Aires

Tamerlán El Conquistador - Ediciones Jasón - México D.F.

Tácito

Los Anales

Espasa Calpe - Argentina S. A.

Alberto Halet

Roma

Librería Hachette S. A.

Rivadavia - Buenos Aires

Cayo Julio César

Comentarios de la Guerra de las Galias y de la Guerra Civil

Talleres Gráficos Agustín Núñez

París - Barcelona

C. P. Baker

Aníbal

Editorial Joaquín Gil - Editor.

Barcelona

Tite Live

Histoire Romaine

París - Librairie Hachette Et. Cie

Enciclopedia Científica, Literaria, Artística

Unión Tipográfica - Editorial Hispano Americana

México

Diccionario Enciclopédico Salvat

Buenos Aires S. A. - México - Caracas

Salvat Editores S. A.

Theodor Mommsen

Historia de Roma

(De la Revolución al Imperio)

Editorial Aguilar

Cayo Suetonio Tranquilo

Los Doce Césares

Buenos Aires

Guglielmo Ferrero

Grandeza y Decadencia de Roma

Ediciones Siglo Veinte

Buenos Aires

González Porto Bompiani

Diccionario Literario

Montaner y Simón S. A.

Barcelona

Michael Prawdin

Gengis Khan

Editorial Juventud S. A.

Barcelona

Hans Baumann

Los Hijos de la Estepa

Editorial Herder

Barcelona

Paul Janet

Historia de la Revolución Francesa

Librairie Ch. Delegrave - París

Octave Aubry

De la Academia Francesa

Napoleón

Montaner y Simón S. A.

Henry Houssaye

1814 - Los Cien Días - Waterloo

La Segunda Abdicación

Librairie Academique

Pirrin et Cía Librairie - Editeurs

José Barriga y Vaucis

Individuo de Varios Cuerpos Literarios

Vida Privada de la Emperatriz Josefina

Imprenta Cabrizo.